



URDISEV

Guillermo Zapata Romero

URDISEV

Marzo de 2019

Lo que pasa no despasa

Sofia Coca, miembro de Zemos98, durante las jornadas Copylove

Empieza como una urticaria leve, con la sensación de un pequeño raspón pero sin herida alguna. En los casos leves la sensación no pasa de una incomodidad. A partir de ahí la tipología se complica. El picor crece en intensidad y no se detiene aplicando medidas de alivio. Los efectos más intensos son privación de sueño y heridas provocadas por las uñas o por otros utensilios de filo o rugosos para contener la sensación de urticaria. Debido a que el malestar es constante, los trastornos derivados de la privación de sueño se incrementan en un 80%. Los efectos de la privación de sueño son diversos, afectan al ánimo, la memoria y los procesos cognitivos. La privación de sueño incrementa también el efecto del alcohol en el organismo y la coordinación ojo-mano. A partir de un determinado momento, el virus está obligando a nuestro organismo a invertir tal cantidad de energía en el descanso o en el control de la sensación de picor, que el riesgo de infarto aumenta en un 60%, además producir trastornos físicos como la pérdida de masa muscular o el aumento y disminución brusca de peso. En los casos graves la sensación urticante es tan intensa que los pacientes se siguen rascando incluso después de haberse provocado heridas de diversa consideración y gravedad. Aunque empieza en brazos y piernas, por un efecto espejo en el que nuestro cerebro vincula la sensación con picaduras de insectos o contacto con plantas y alergias. pronto pasa a un picor en otras partes del cuerpo como la cabeza, los genitales, los oídos, las fosas nasales y, en más de un 20% de los casos, las cavidades oculares. En los casos más graves se llega a la auto-lesión severa. Se calcula que un 10% de los casos son graves.

XXXXXXXX

Vio las luces de los coches acercarse por el sendero como linternas que se encendían y apagaban adornando cada vuelta del camino con un *on/off* luminoso. Entró en su casa y preparó un té bien cargado. Esperó a que se hiciera en la cocina, mirando a la tetera. Una tetera tradicional, muy grande, de color rojo con el asa negra. Cuando estuvo preparado se sirvió una taza y le puso un poco de leche. Entonces llamaron a la puerta. Entraron tres personas y se quedaron fuera otras cuatro o cinco, metidas en los coches. Coches grandes e iguales, con lunas tintadas y matriculas institucionales. Coches blindados para no se sabe bien qué amenaza. A los que entraron les

ofreció té. El hombre al que ya conocía dijo que sí. La mujer que no conocía también lo aceptó. El hombre que no conocía negó con un gesto de la mano. Les sirvió. Bebieron. Se quedaron en silencio. Ella inició la conversación sin rodeos, sin dar vueltas ni suponer que él quisiera que nadie viniera a decirle lo brillante que era. Ya lo sabía. No le dan el premio Nobel a cualquiera. Escuchó lo que tenían que pedirle y luego les dio su respuesta: “No”. Le pidieron que se tomara un poco de tiempo, le pidieron que lo pensara. Le preguntaron si había motivos políticos. Dijo: “Sí, y personales”, pero eran los mismos motivos. El hombre al que no conocía le pidió que, en cualquier caso, no contara nada. Les dio las gracias. Insistió en la negativa. Terminaron sus té. No hubo frustraciones, no hubo dramas ni sobre actuaciones. Salió a la terraza a verles marchar. Volvió a ver los coches girando colina abajo, las luces blancas de los faros apareciendo y desapareciendo. La cuenta no le salía. Uno de los coches se había quedado allí. Así era. Un poco más abajo, se le distinguía desde la parte de arriba de la casa. “Esperanza”, pensó. Cenó una manzana y se metió en la cama. Se le hizo enorme, como cada noche desde que él no estaba. Sintió una punzada de angustia cuando sus dedos buscaron en la almohada una presencia que ya no existía. Imagino la conversación con él. Lo que le diría. Lo que él respondería. Se quedó mirando al techo sin ser capaz de identificar cuanto tiempo. Después se sentó en la cama. Al llevarse la mano a la cara se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos y humedecidos debido a un llanto que no recordaba. Quizás se había quedado dormido. Abrió un armario y sacó varias prendas de ropa que fue dejando junto a la cama. Se vistió con unos pantalones de pana marrones y una camisa de manga larga que coronó con un jersey de color gris bastante viejo. Luego empaquetó el resto de la ropa cuidadosamente en el interior de una maleta negra con ruedas. Salió del dormitorio y cruzó el pasillo hasta su despacho. No encendió la luz para orientarse mientras cogía varios papeles y los iba guardando en un portafolios de cuero marrón muy antiguo. Antes de salir notó que le dolían los huesos. En la parte de abajo emitió unos sonidos que atrajeron a un gato, que se pegó a sus piernas y se encontró, de pronto, con la incomodidad de que lo alzaban como si le fueran a poner a secar. Junto a la puerta se calzó unos zapatos también viejos y unos guantes de cuero. Salió así de la casa de la colina. Con una maleta, un portafolios de cuero marrón y un gato. Cerró con llave y caminó hasta dónde estaba el coche. Hacia una agradable brisa otoñal. Abrió el maletero y metió la maleta y el portafolio. Se sentó en la parte trasera, con el gato en su regazo. En el interior había dos hombres grandes y armados. Eran de los que no habían entrado. Les dijo que tendrían que cuidar del gato cuando llegaran allí y que no podrían avisar a nadie de que iban. Ni siquiera a las personas que les habían acompañado. Ni un teléfono móvil, ni un ordenador. Exigió que a partir de ese momento toda comunicación relacionada con él se hiciera vía oral o a través de notas manuscritas. Antes de arrancar le preguntaron si aceptaba formalmente la petición de ayuda de su gobierno. Dijo que no. Luego añadió “Pero quiero ayudar a la gente”. El coche arrancó y se alejó de la casa. Sintió que dejaba encerrado al fantasma de su marido con la esperanza de que, al volver, siguiera allí. Que no se hubiera ido. Que, al menos, siguiera el fantasma, la presencia. No podría soportar volver a una casa en la que ya no quedara ni rastro de ellos, de su vida conjunta, de sus rutinas. Luego pensó que era posible que no volviera jamás a esa casa.

XXXXXXXX

El presidente había tenido dos infartos de los que la opinión pública no sabía nada, pero seguía comiendo cortezas de cerdo, hamburguesas, bacon, grandes cantidades de queso, pizzas de todos los sabores imaginables, helados, fiambre y carne como única dieta. Lo hacía de forma ansiosa y desordenada. Algunas veces se ponía cerdo de muslos de pollo frito a las cuatro de la mañana viendo el deporte. El presidente no quería que avisaran al científico. No creía en él, en ninguno de ellos. Era todo un puto cuento, una ridiculez, una exageración. Sentía que lo trataban como a un niño pequeño, que no le obedecían. Pero le habían votado a él. No a ninguno de sus asesores o consejeros. A él. Accedió a lo del científico cuando la cosa ya estaba en marcha, para que no pareciera que se tomaban decisiones a sus espaldas o sin su consentimiento. Todo el gobierno era un queso gruyer de filtraciones. Cada día salía una mentira nueva. Por si no fuera suficiente, en la primera rueda de prensa el científico hizo lo que le dio la gana y le contradijo. Al terminar se gritaron. El presidente usó la expresión “puto maricón”. A pesar de ello, el científico dijo que no se iría a casa si no le echaba formalmente. Mientras tanto, haría su trabajo. Ese bujarra le odiaba desde hacía mucho y eso le nublabla la mente y el juicio. Había ido allí a crear problemas, no a resolverlos. Ni premio Nobel ni hostias. Hasta Obama tenía un premio Nobel. Los regalaban. Pero todo el mundo parecía muy interesado y muy preocupado por lo que pudiera decir aquel viejo. Esa era otra. Había miles de científicos brillantes en todo el país, jóvenes y a favor de obra. Le escribían por twitter, los leía cada noche. PRESIDENTE SÁLVANOS. PRESIDENTE ME OFREZCO PARA LO QUE NECESITE SOY MÉDICO. PRESIDENTE ESE MARICA AMIGO DE NEGROS NOS QUIERE MATAR. Pero le decían que no, que esperara, que estaban ante una crisis nacional. Internacional. Mundial.

Había esa... enfermedad. Esa cosa. Una especie de... como unas bolitas invisibles. Los científicos siempre hablaban como si todo el mundo fuera a entenderles. Ya sabía que no eran una “bolitas invisibles”, ahora todo el mundo se reía de él porque había dicho lo de la bolitas invisibles. En general era así siempre, todo el mundo contra él, menos su gente. Los suyos. Y los suyos, eran más. Y con ellos hablaba con palabras que todo el mundo pudiera entender. Total. Que era una enfermedad europea, al parecer, que te daba picores. Y con eso estaba todo el mundo muy nervioso. Sus primeras declaraciones sobre el virus habían sido virales. “Si te pica, te rascas”. Había sido viral su video, sus palabras, luego imágenes de “rasca y pica” con su cara. Había sido Trending Topic mundial su nombre, la palabra pica, la palabra rasca, rasca y pica, etc, etc, etc. Le querían quitar su teléfono móvil. Lógico. Era la única herramienta que tenía para hablar con los suyos. Así que se lo querían quitar. En fin. No iba a suceder.

Los científicos eran, además, lentos. Muy lentos. Lentísimos. No sabían nada. Lo decían abiertamente. Aún no sabemos nada. Sabemos lo que hace, pero no sabemos cómo lo hace o cómo se propaga. Necesitamos tiempo. Por eso había venido el marica, porque se supone que era el mejor. Bueno, pues también había pedido tiempo y había salido y había dicho que era muy peligroso y que, de momento, la gente debía hacer lo posible por estar en casa y no comunicarse. Una locura. Así que lo dijo. “El doctor tiene un poco de miedo”, sonrisa, golpecito en el hombro, segundo golpecito. “Hagan vida normal. Y si les pica, se rascan”. Ja ja ja. Luego había venido la bronca.

Una semana después el mismo médico había entregado un informe de 300 páginas, coordinado con la OMS (otros, mejor no hablar de ellos) y varios centros privados de investigación. Le hicieron un resumen. Le explicaron la posición de su comité de expertos dirigido por el “doctor culo dilatado”. Su respuesta había sido clara, taxativa e inapelable.

No.

Y lo había tuiteado.

Y ahora estaba todo el mundo muy inquieto. Cobardes de mierda.

XXXXXXXXXX

No era aéreo. Eso lo sabían. Se transmitía por la saliva, la sangre, el sudor, pero no por el aire. Eso no era lo grave. Eso era lo fácil. Lo difícil era lo otro. Difícil de creer, de probar y de explicar. Pero así era.

Se transmitía a través de las pantallas digitales. Era una mutación biotecnológica. En realidad esa era una mala palabra. Era biodigital. Una mutación de ceros y unos cruzada con ADN. Tú móvil apagado no era un problema, tu móvil encendido, sí. Si lo tocabas... y si lo mirabas. Los ordenadores y las tablets igual. Las Smart TV, lo mismo. Habían hecho pruebas con televisiones de tubo y teléfonos analógicos y por ahí todo bien.

Cuando llegaron a la conclusión de manera unívoca uno de los científicos del equipo tuvo un shock y empezó a chillar y a llorar. Hubo que mandarle a casa.

Lo ideal, lo sensato y lo razonable era pensar de forma rápida un protocolo de comunicación para explicar a la sociedad lo que estaba pasando de una forma que no les llevara a intensificar la comunicación y el uso de dispositivos tecnológicos. Pero no pudo ser. El primer informe que entregaron fue rechazado por el presidente como falacias sin autoridad científica y, con la idea de que el equipo científico lo iba a filtrar, decidió desmentir sus conclusiones usando twitter.

El tuit negaba tajantemente que el virus fuera mortal o que se transmitiera “por los móviles”.

Tanto quién se lo creyó como quién no, lo comprobaron usando sus móviles, sus tablets y sus ordenadores. Tres días después la OMS le dio al virus categoría de pandemia. Recomendaba confinamiento y alejarse de los dispositivos digitales totalmente.

“Volver a lo analógico” fue la consigna. La cuestión es si semejante reto era posible, o no, y en qué medida.

A partir de la declaración de la OMS dejó de haber un único equipo científico. Se multiplicaron en cada país afectado y en cada área geopolítica. La OMS fracasó también en conseguir un

mando único de todo el proceso, así que muchas veces estaban investigando cosas que ya habían sido comprobadas en otra parte. La información no era fácilmente compartible, los resultados sobre posibles tratamientos eran un secreto. Pero ni siquiera estaban ahí aún. No tenían datos suficientes de la evolución. Tardaron siete días en tener un mapa más o menos realista de la realidad de lo que estaba sucediendo.

No eran buenas noticias.

Una media de entre el 8 y el 24 por ciento de la población de los países más afectados no se creía que el virus se propagara vía redes.

En los primeros cuatro días desde la declaración de la pandemia el consumo de Internet se había multiplicado por 60. A partir del cuarto día había decrecido radicalmente.

Quedaba esperar.

Y ponerle nombre.

Lo llamaron Urticaria Digital Severa.

UrdisEv.

El presidente dijo que le gustaba el nombre porque parecía ruso. Todos los miembros del equipo sin importar su condición ideológica, sus filias o sus fobias, se plantearon dimitir. Ninguno lo hizo.

XXXXXXXXX

Llamaron al telefonillo. Eugenia estaba absorta en la pared, perdida en sus pensamientos cuando sonó, así que hizo falta un segundo timbrado para que reaccionara. Se levantó y antes de cogerlo tuvo un amago de susto, pero su telefonillo no era “de esos modernos”, así que no había peligro. Creía, al menos, que no. Le dijeron que era del servicio municipal de prevención de “la Urdisev”. Les abrió y esperó pacientemente a que subieran. Sabía lo que tenía que hacer porque lo había visto por la televisión. Había, al parecer unas televisiones que no se podían utilizar, pero la suya, como era vieja, no había problema. El protocolo era muy claro. Llamaban abajo, ella les abría y esperaba poniéndose los guantes y la mascarilla. Luego llamaban a su puerta, contaba hasta diez y abría. A sus pies había una bolsa de plástico cerrada en la que había un formulario de papel. Al fondo estaba el chico del ayuntamiento con un traje mitad blanco, mitad fosforescente, y la mascarilla. La saludó con un gesto de la cabeza y ella hizo lo propio con la mano. Se agachó, con quejas de sus rodillas y sus riñones, recogió el formulario y le hizo al chico del ayuntamiento un gesto de espera. Se metió en casa y cerró la puerta. Abrió con cuidado el sobre de plástico y cogió un lapicero que ya tenía preparado. Rellenó sus datos indicando nombre, dirección, Documento Nacional de Identidad y alguna cosa más. Había varias casillas

para cada “miembro del domicilio”, pero Eugenia, con un suspiro de tristeza con el que convivía desde hacía ya dos años, había escrito “Viuda” en uno de los huecos. Respondió afirmativamente a la pregunta “Tiene televisión de tubo” (que venía con un dibujo del modelo típico para que las personas mayores no se perdieran) y a la pregunta “Su línea de teléfono es analógica” (esa le costó un poco más, pero entendió que sí porque su teléfono era, también, viejo). Respondió también de forma afirmativa a la pregunta “¿Dispone su domicilio de un aparato de radio?”. Luego le preguntaban por la dirección de sus contactos y puso la casa de su hija Carmen y la de su hijo Antonio. A la pregunta “¿Alguien tiene síntomas de Urdisev en su domicilio?” respondió “No”. A la pregunta “Conoce a alguien que tenga síntomas o haya desarrollado la enfermedad” Hizo una lista con las tres personas que conocía dando todos los datos que se le ocurrían. Eso le dio mucha pena. Mientras escribía, la casa se le hizo pequeña y sintió como los ojos se le humedecían. Suspiró de nuevo. Un suspiro de esos que cogen energía de donde no la hay, y terminó la encuesta. Después se acercó a una mesilla que tenía junto a la puerta, dónde ya había preparadas dos cartas. Una para su hija y sus nietos y otra para su hijo, que vivía solo (bueno con una novia que tenía, pero Eugenia no la conocía aún porque no llevaban mucho tiempo, al menos eso le decía su hijo). En la cartas les contaba que estaba bien, que unos chicos jóvenes del piso de abajo le hacían la compra y se la subían para que ella no saliera de casa, que cómo estaban ellos y que se compraran un teléfono viejo. Que les echaba de menos y les quería mucho. Lo cerró todo y abrió la puerta. El chico del Ayuntamiento seguía ahí. Volvieron a saludarse con gestos. El chico, entonces, le preguntó si estaba bien. Ella le dijo que sí, que sí, que no se preocupara de nada. Dejó el sobre en el suelo y cerró la puerta de nuevo. Se quedó al otro lado de la puerta escuchando cómo el chico se acercaba, pero cuando lo sintió muy cerca se alejó, con una precaución innecesaria, pero muy real. Se quitó los guantes y los tiró a la basura, se quitó la mascarilla y la dejó colgada de un soporte de la pared que había sido el soporte de los sombreros de su marido. Se lo quedó mirando un segundo, luego fue al baño y se lavó las manos con jabón y paciencia, y entonces volvió a su asiento. No quería ver la televisión, porque todo lo que salía por ahí le ponía triste. Se la ponía de fondo, muy bajita, como un murmullo, para no sentirse sola. Pensó en poner la radio. Luego en hacer la comida. Pero era muy pronto aún. Miró a la ventana. Hacía buen tiempo y el cielo estaba precioso. Sonrió. Extendió la mano y cogió un libro que tenía a medio leer. Le costaba avanzar porque se le cansaba la vista, pero lo prefería con mucho a la espera, el miedo o los recuerdos.

En el exterior, el chico del ayuntamiento sacó un cuaderno e hizo una cruz en la dirección de la mujer. Había visitado a 34 unidades de vivienda en lo que iba de día. Quería intentar llegar a 100. Sabía que no le iba a dar tiempo y suponía que tendría que quedarse más rato, pero le parecía que era su obligación. En realidad no formaba parte de la plantilla del ayuntamiento, sino que era funcionario estatal, de correos. Todo el servicio estatal de correos se había puesto a disposición de las autoridades locales. En los últimos 10 años su área distrital había perdido a 10 compañeros. Casi el 70% de los que antes cubrían una población de ciento cincuenta mil personas. Se suponía que era porque ahora “con Internet” la gente ya “no mandaba cartas”, pero el servicio de transporte de paquetería privada no dejaba de crecer. Corría el rumor de que el estado estaba pensando en llegar a un gran acuerdo con Amazon por su “eficiencia en la distribución”. Siguió llamando telefonillos con la sensación de que estaban a punto de quitarle

el trabajo por segunda vez en su vida. Pero “sus cien unidades de vivienda” no sabían nada de eso. Sólo sabían que, por ejemplo, Elena Fernández, de 27 años, había saltado por la ventana de un cuarto piso después de tres noches sin poder dormir fruto del Urdisev.

XXXXXXXX

Todo el mundo la tenía por una joven promesa dentro de la renovación del partido en esa temporada de renovaciones y jóvenes promesas. Era elocuente hablando, tenía el “origen correcto” (eso le había dicho un compañero del partido) y la actitud correcta. Además, era muy guapa. “No parecía... ya sabes”, le había dicho otro compañero de partido. Querían decir pobre. El primero quería decir latina y el segundo quería decir pobre. Su condición de promesa estaba alicatada en sonrisas forzadas después de una victoria inesperada en unas primarias que habían hecho casi como concesión a los nuevos tiempos. No lo vieron venir. Origen y belleza era lo que decían que le había hecho lo que era, pero no era eso. Al menos no sólo eso. Era una fuerza dialéctica en el estrado que había generado clips de video que habían corrido por las redes sociales y le habían dado su propia comunidad. Su propio partido. Tenía un millón de seguidores con los que hacía semanas que no “hablaba” porque les pondría en peligro. Su último mensaje era un escueto. “Cuidémonos, tengamos paciencia y nos vemos pronto #OutOftheNet #OutIs-Safety”. Había quien, en el partido, sugería que ese tiempo de mujeres guapas que hablan bien y se ganan una reputación que es “más una imagen que un verdadero trabajo político” se había puesto en crisis, quizás definitiva, si el asunto del Urdisev no se resolvía pronto. “Y no parecía que se fuera a resolver pronto”, decían. Lo decían siempre ellos. Ellos eran hombres con sobrepeso, a los que el estrés de una vida en política les había hecho perder el pelo, hasta dejarles un mapa de coronillas, tonsuras naturales cuando no rastros varicosos del alcohol ingerido en mil sobremesas en las que el poder se gestionaba después del postre. Soñaban en el fondo con volver a un mundo no dominado por la velocidad y el aspecto porque se imaginaban que ese nuevo mundo sería, simplemente, el anterior, el que conocieron, en el que sabían moverse. Ella sabía que no era así. Por eso la noche anterior a subir al estrado había estado puliendo su discurso y eligiendo sus palabras con cuidado metódico y paciencia cirujana. Tenía que hacerse entender con la esperanza de que los suyos la escucharan, que la buscaran. Tenía que pensar que seguían ahí aunque no los viera, que estaban atentos a lo que pudiera decir y que buscarían la manera de escucharlo. Desde que se había iniciado la recomendación de cuarentena digital su partido la había apartado poco a poco de la comunicación, como si en realidad ella no fuera ella, sino un apéndice tecnológico al que escuchaba la gente suficiente como para tenerla en cuenta, un poco por imposición tecnológica. Podría ser ella como había podido ser cualquiera de esos gordos varicosos. Después de casi un mes sin comparecer le habían autorizado a lanzar una pregunta al gobierno. Por lo que disponía de unos tres minutos para la réplica. Se puso en pie en su asiento y dijo “Doy la pregunta por preguntada” cuando la secretaria del pleno leyó el enunciado. El enunciado decía “¿Piensa el gobierno obligar a las empresas proveedoras de Internet a garantizar la salud de la ciudadanía y cumplir las recomendaciones sanitarias?”. Le respondió por algún motivo el Ministro de Industria, que le dio datos que había sacado del Ministerio del Interior y de la Dirección General de innovación. Nada que ver con lo que le preguntaba. El ministro de industria era un hombre anodino y gris, diseñado casi para dar respuestas estándar que fue-

ran con su aspecto. Cuando terminó su intervención ella disponía de sus tres minutos completos para, más que responder a aquel fragmento de nada balbuceada, exponer sus argumentos. Subió al estrado con la grácil elegancia que solía acompañar sus pasos, bebió un trago de agua y miró a un hemiciclo prácticamente vacío por las recomendaciones sanitarias. Al fondo, en la zona superior, se encontraban las cámaras de televisión y las radios. Se animó pensando que alguien, al otro lado, estaría escuchando, y empezó a hablar: “Señor Blanchard, señores diputados y diputadas, mi pregunta no tenía por objeto saber cuántas multas ha puesto el gobierno a los ciudadanos y ciudadanas franceses que han desobedecido el estado de alarma impuesto por el gobierno. Datos que son de sobra conocidos, porque este gobierno ha elegido disciplinar con dureza a la ciudadanía mientras permite que quien le proporciona la posibilidad de la desobediencia a dicha ciudadanía se vaya de rositas. Nos encontramos ante la reedición de la infame ley de las tres faltas con la que se intentó vetar el acceso del pueblo francés a los frutos del conocimiento que se compartía en las redes. ¿Lo recuerda señor Blanchard? Esa ley por la que si te pillaban descargando contenidos ilegales podían cortarte el acceso a Internet. Pero hoy no sucede nada de eso. El gobierno ha delegado por completo el control de la ciudadanía en los gigantes de Internet, en los proveedores de servicio. Así, si un ciudadano francés se expone a la Urdisev, su compañía informa al gobierno, no lo digo yo me lo ha dicho usted en vez de responder a lo que yo le preguntaba, y ese ciudadano recibe una multa. Por realizar ese servicio el estado francés tiene un convenio de colaboración con las cinco grandes proveedoras de servicios telemáticos por el que paga cientos de miles de euros. Cooperación público-privada. ¿Cómo saben nuestros proveedores de servicios que estamos incumpliendo la ley? Lo saben porque lo saben todo de nosotros. Saben cuándo y dónde tenemos nuestro móvil apagado, qué hemos comprado, dónde hemos ido y, por supuesto, saben si hemos usado cualquier app. ¿Sabe cuántos sensores tiene un teléfono móvil estándar? Nueve. ¿Sabe cuantos de esos son sensores secretos, no conocidos por el usuario? Seis. ¿Sabe que ninguna de las compañías que nos proveen de servicios de Internet, ninguno de los fabricantes de telefonía móvil del país, ni uno sólo, ha modificado las notificaciones que recibimos en nuestros teléfonos? ¿Sabe, en definitiva, que una gigantesca economía de la atención nos está lanzando señales cada segundo, una media de más de 15 notificaciones por hora, para indicarnos que ‘algo’ ha sucedido en nuestros dispositivos?. Lo único que sabe es que un ciudadano francés, una ciudadana francesa, en realidad, cualquier ciudadano de la Unión Europea, porque nuestras legislaciones están homologadas, recibirá una multa de unos 300 euros si atiende a esa llamada de su teléfono. Le estamos pagando cientos de miles de euros a unas compañías cuyo trabajo fundamental es seguir intentando que les atendamos aún cuando eso pone en grave peligro nuestra salud. Y lo que más miedo me da, lo que más me inquieta, por sus caras, por las caras de mis propios compañeros de partido, es que ni siquiera saben de qué les estoy hablando y son incapaces de imaginar las soluciones. ¿Sabe que el gobierno francés sigue actualizando sus páginas de Facebook aún hoy confiando en que, simplemente, nadie las mirará? ¿Entiende siquiera la dimensión del problema del que estamos hablando? ¿Sabe que las universidades de nuestro país tienen sus cuentas oficiales vinculadas a Google? ¿Cómo podemos defender una verdadera salud pública, si todos los recursos que gestionan nuestra atención son privados y su negocio es tenernos cada día mirando a las pantallas como si fueran una pipa de crack? Necesitamos ya un plan de soberanía tecnológica nacional, necesitamos ya que el gobierno obligue a las empresas a parar los mecanismos de extracción de datos y,

desde luego, necesitamos ya multar con la mayor de las severidades y toda la contundencia a las compañías que siguen intentando llamar nuestra atención y poniendo en riesgo nuestra salud. Si hubiera un coche que nos forzara a tener accidentes estaría prohibido, y la compañía que los fabricara cerrada e ilegalizada. Salvo, eso sí, que todo el gobierno dependa del coche y la compañía para hacer llegar su mensaje”. No hubo aplausos, al ministro le quedaba apenas 40 segundos en los que alabó la retórica de la diputada y le insistió en los datos que ya conocía. En su bancada su intervención no había sentado bien. Sentían que les habían llamado viejos a la cara, que es exactamente lo que había sucedido. Viejos, incapaces de entender la magnitud del problema que tenían entre manos. Al día siguiente, en la página 6 de *Libération*, había una noticia breve que decía que su discurso había sido viral toda la tarde.

XXXXXXXX

La puerta recibió el impacto y casi se salió de los goznes. No era una puerta sólida, más bien el mínimo conglomerado de madera para garantizar cierta privacidad en una casa pequeña. Hubo un segundo golpe. Esta vez un puñetazo. Y luego un silencio expectante, nervioso, como si la propia puerta esperara un nuevo golpe. Pero no llegó golpe alguno, sino un grito con tono de voz masculino y juvenil: “¡Mamá!”, “¡MAMA!”. Entonces sí, dos, tres, seis puñetazos. “¡Mamá mamá mamá mamaaaaaaaa...!”. Las “aes” se extendían hasta agotarse en un murmullo. Su madre se acercó a la puerta. Una mujer con el cuello hundido en una vida de trabajo doméstico, de brazos grandes y formas gruesas y redondeadas. La mujer se movía silenciosa, como había aprendido en la limpieza de las casas que le eran ajenas. Estar sin estar. Se llevó la mano, una mano grande, de dedos fuertes, a la cara. Contenía un espanto y mucho dolor. “Mamá. Mamá, quiero salir. ¡QUIERO SALIR!”. La madre murmuró un “No puede ser, no puede ser cariño” que se recibió con un chillido agudo, el sonido de objetos tirados contra el suelo y una tabla de madera que se partía. El padre estaba sentado en el sofá. Miraba a su mujer como si hubiera una línea de conexión invisible entre el interior de la habitación, ella y él mismo. El padre era un hombre pequeño, tranquilo y silencioso. De bigote poblado, amarillento por el tabaco que intentaba dejar de tanto en tanto. Un hombre de camisas y educación también silente. La mirada de ese hombre y la de su mujer compartían una angustia. “No podemos” le dijo él. Ella ya lo sabía. Su conversación silenciosa se vio interrumpida cuando algo, probablemente la pequeña estatua de imitación de mármol que certificaba la participación de su hijo en la final de fútbol 7 del colegio, impactó contra la puerta. “Eres una putaaaaaa, eres una putaaa mamaaaaa”. Nuevos gritos de dolor y nueva angustia. “Mamáaaaa”. Con el oído pegado a la puerta podía escuchar a su hijo moverse como un animal salvaje enjaulado y el “ris ris ris ris ris” de sus uñas que iban seccionando pequeños fragmentos de piel herida. Nueva mirada entre papá y mamá. Ella ya con los ojos anegados de lágrimas, pero en silencio, para que su hijo no lo notara e insistiera. Él con el corazón agarrado al pecho, y un dolor de tripa fruto de los nervios que no se iba ni de día ni de noche. Se levantó y fue al baño. Abrió un armarito pequeño, de color blanco, con una abrazadera azul. En el interior había unos paquetes de color blanco con la bandera de su comunidad autónoma. Abrió uno. El penúltimo. En el interior había una especie de bombona diminuta, de color gris. Volvió al salón y enganchó la bombonita a un soporte, como el de una pistola de pintura, que podía manejarla con una mano. Fue hasta la puerta, dónde se seguía es-

cuchando a la perfección el “ris ris ris” del niño y sollozos inconsolables. Se tumbó en el suelo y acercó la boquilla del soporte al pequeño hueco entre la zona inferior de la puerta y el suelo. Sin esperar a nada más y sin mediar palabra apretó el gatillo y el bote expulsó un vapor del que sólo sabían que hacía un sonido leve, como un escape de gas, que olía a jarabe y que debían dejar que cada unidad se consumiera por completo. Cuando había terminado de hacerlo se incorporó y miró a su mujer, que aún lloraba silenciosa. Le pregunto por la hora y ella le dijo que eran las cuatro de la tarde. Calculó mentalmente las horas y las dosis y sintió un escalofrío. Esperaron los cinco minutos de rigor con el cronómetro en la mano y después entraron en la habitación. Todos los muebles estaban rotos, el somier rajado con la gomaespuma amarilla esparcida por todas partes. En una de las paredes había una mancha roja, que se correspondía con unos nudillos desgarrados hasta el hueso. Dormido en el suelo, rodeado de esquiras de madera, fragmentos de gomaespuma, y restos de comida, estaba su hijo. Tenía los brazos llenos de heridas y se había quitado una gasa que cubría una herida aún abierta que le recorría la mitad de la cara, dónde se había arrancado el carrillo mordidoselo desde dentro de la boca. Limpiaron todo, arreglaron la cama cosiendo primorosamente el colchón y después le tumbaron sobre ella. Limpiaron y desinfectaron las heridas y vendaron lo que pudieron. Después cogieron dos cinturones de su padre y lo ataron a la cama. El efecto de la anestesia duraba cuatro horas. A las cuatro horas y seis minutos abrió los ojos y volvió a chillar...

XXXXXXXXXX

Las puertas del ascensor se abren y le inunda el caos y la angustia de la urgencias saturadas. Es el único sin bata, a pesar de llevar el resto de las protecciones necesarias para estar en el hospital. Su trabajo suele ser más sencillo e invisible. De hecho, tampoco el personal médico sabe bien quién es. Habita las plantas superiores del hospital, las oficinas, la administración. Su trabajo es coordinar la adquisición de suministros. Y ahora tiene entre manos una pandemia para la que le han inyectado un chorro de millones, pero no tiene suministros. Necesita anestesia o derivados. La anestesia se distribuye para conseguir evitar el picor. En los casos que se pueden gestionar desde los hogares se les hace llegar un kit. Los kits se les están terminando. Ayer una chica saltó desde un sexto piso porque no soportaba seguir rascándose. No se mató del golpe. Se mató en el hospital porque no pudieron atenderla. Nadie lo sabe porque los medios de comunicación ya no preguntan sobre nada que no sea el Urdisev. Todo el mundo dio por hecho que se había matado del golpe. Él, por el contrario, sabe que no es así. No hay reservas de opiáceos clínicos y no hay laboratorios donde producirlas. Pasea por los pasillos intentando salir del shock en el que lleva dos días y hace repaso de las medidas adoptadas hasta ese momento. El 6 de enero se produce la primera evaluación de Urdisev por el ECDC. El 17 de enero es la primera conferencia entre Estados miembros sobre el tema, que se hace por teléfono. De los 27 estados que tienen que responder se ponen al teléfono 12. El 28 de enero se establece un comité de coordinación. Ese comité manda una instrucción a los Estados Miembros y les pide “que se preparen”. Ahí es dónde él empieza a enterarse de lo que viene. El Comité insta también a una reunión urgente para el 3 de febrero. Rapidito. Lamentablemente, un caso de corrupción en Croacia, la anfitriona de la reunión, aplaza la cosa hasta el 13 de febrero. El 14 de febrero, la ECDC expresa su

preocupación ante el aumento del URDISEV, y prevé “algo incierto”. El siguiente movimiento es el 26 de febrero (han pasado dos meses) cuando Italia pide a los Estados de la UE e informa de la falta de “Kits Respiratorios”. Ahí se dio cuenta de que la competencia iba a ser feroz. Una crisis de este tipo sin Kits Respiratorios es una forma particularmente perversa de eugenesia en diferido. Ningún Estado miembro –ninguno; cero– contesta a la llamada. Lo que ilustra a los Estados (y la debilidad de la Comisión). El fin de semana del 29 de febrero al 2 de marzo hay ya, zas, 2.000 infectados en Italia. El 3 de marzo, por fin, diversos Estados se movilizan. Tarde, pero con absoluta vehemencia.

A saber: Francia requisaba materiales sanitarios que iban a Italia, y Alemania prohíbe la exportación de Kits Respiratorios.

Pasea por los pasillos mientras ve a gente atada con correas que chilla de nervios por el picor. Los rostros del personal están desencajados, llevan días sin dormir.

El 4 de Marzo, contagiados sin duda por el entusiasmo franco-alemán, son 15 Estados los que restringen movimientos de personas y de materiales sanitarios. Que cada perro se lama su propio pijo. Por esa fecha, Francia y Alemania ya roban, abiertamente, el material sanitario que llega a sus puertos, y Bélgica y Holanda acaparan productos químicos clave. El 6 de marzo la Comisión pide unidad. Alemania, a su vez, cierra fronteras. Entre el 9 y el 23 de marzo los Estados cierran sus economías, a pelo. El 13 de marzo la OMS declara Europa “epicentro de la crisis”.

Un día antes, el 12 de marzo, la Comisión Europea carece aún de fabricantes o proveedores de material. El 5 de febrero se había solicitado a los Estados que dieran información sobre el estado de su material, pero se lo tomaron con calma; tardaron un par de semanas.

La primera entrega de material a los Estados por parte de la Comisión fue el 8 de junio. En el ínterin, y por la vía de los hechos, los Estados asumen la responsabilidad de adquirir suministros, y la Comisión la de administrar, distribuir y cubrir una parte grande de los costos.

Así que ha recomendado utilizar ese dinero inútil para fletar un avión con material que viene de Afganistán. Y le han hecho caso. Al menos eso parece por la información que tiene del director del hospital, la gerencia y la presidencia de la Comunidad Autónoma. Será discretamente. No pueden justificarlo con normalidad. Van a por heroína afgana.

Le acaban de llamar por teléfono, el avión ha sido interceptado y obligado a tomar tierra en Alemania. Van a requisar la carga. No pueden decir nada, es un secreto. Un secreto que no han podido proteger. El siguiente envío incluirá tropas militares con la colaboración del Ministerio de Interior a través de fondos reservados. No pueden hacer otra cosa.

Deambula por el pasillo.

XXXXXXXX

Aquello era un desastre de dimensiones colosales y si pensaban que una campaña publicitaria podría arreglarlo es que estaban aún más perdidos de lo que parecía a primera vista. Pero no era eso, se trataba de encontrar a un tío nuevo al que echarle la culpa. Le iban a despedir. Le iban a despedir después de haber provocado la muerte a los pocos adolescentes que se atrevieron a acercarse a su juego de moda. Le iban a hacer responsable a él y nada más que a él de que hubiera una pandemia global. Habían retrasado tres veces el lanzamiento del juego. Un “Sandbox Triple A” que era la continuación de una saga y, a la vez, la restauración a 4K del juego original, con todos los DLCs incorporados. Su idea era vender un millón de copias físicas en todo el mundo la primera semana, pero esa primera semana no iba a llegar nunca. Y menos mal. Había compañías que lo habían tenido aún peor, sacando sus juegos en las primeras semanas, cuando aún no se sabía ni el alcance ni la gravedad de lo sucedido y con la opinión pública furiosa haciéndoles responsable de las infecciones de varios cientos de menores que, por cierto, no deberían estar jugando sin que sus padres lo supieran. Por otro lado, si los padres jugaran con ellos también se habrían infectado. Así que, si había algo que le parecía imposible de realizar era una campaña de lanzamiento para el juego. No se podía hacer. E hiciera lo que hiciera, sacaran los que sacaran, les iban a culpar del nivel de ventas desastroso que se avecinaba. Ya se hablaba de que se debía rescatar la industria del videojuego a nivel internacional o se hundiría uno de los sectores clave de la producción de riqueza del planeta. Alemania estaba subvencionando su propia industria, los chinos ya habían dado pasos para entrar en el mercado con sus propios productos y, en general, todo era un negocio descomunal, diverso, con miles de personas trabajando y produciendo talento con una diversidad de historias e innovaciones tecnológicas que estaban transformando la forma en la que accedemos a la cultura y el tipo de cultura que consumismo, hasta que llegó el puto virus. ¿Y ahora qué? Había preparado un par de ideas para sostener la espera con mensajes del estilo “lo bueno se hace esperar” y otros más socialmente responsables para que quedara claro que no iban a poner en peligro a nadie (a pesar de que las tiendas on-line de todas las empresas proveedoras estaban funcionando y el mensaje consensuado era que la compra o no era un asunto individual). Hacía dos meses el departamento de I+D había sacado unas gafas que, supuestamente protegían de la infección. Tuvieron la prudencia de no anunciarlas, pero alguien filtró que tenían semejante aparato a su disposición y se generó tal ruido que parecía que ellos solos habían resuelto el problema del Urdisev con unos aparatitos mágicos. En el momento en el que los probaron con una cantidad de gente suficiente para evitar falsos positivos, asintomáticos, etc., es decir, en cuanto tuvieron números suficientes para tener auténticas cifras de control, se vio que las famosas gafas no servían para nada. Porque nada servía contra ese virus. Nada. Y ahora la compañía pretendía sacar el juego coincidiendo con la vuelta al colegio, porque al fin y al cabo, y así se lo habían trasladado como posible *claim* de la campaña: “Si puedes estudiar, puedes jugar”. Que, la verdad, no se le ocurría locura mayor que tirar de ese argumento para que padres, madres, profesores autoridades, medios de comunicación, etc. te obliguen a retirar la campaña. Quería chillarle a alguien que, simplemente, el juego no debería salir aún, que si tenía que esperar uno, dos, tres años, debía esperar. Pero el problema es que si no sacaban el juego iban a cerrar. Es posible que cerraran en cualquier caso. Así que estaba optando por la solución menos mala. Lo sacarían en físico, se podría jugar una

versión sin todos los extras disponibles y, si alguien los quería pillar en la store sería cosa suya. Añadieron un “Juega con responsabilidad, evita la conexión digital” y con eso se hicieron los locos. No se podía describir de otra manera. Era una pelota que iba hacia abajo y hacia fuera hasta llegar a ti. “Ahora, tú eres el protagonista”. Ese era el lema. A la mierda. Cruzó los dedos y esperó que nadie les pusiera una demanda demasiado millonaria.

XXXXXXXX

“QUE NO TE ENGAÑEN, DESPIERTA, SAL A LA CALLE, JUEGA A TUS JUEGOS FAVORITOS, EL VIEJO RÉGIMEN NO QUIERE FUTURO, NO QUIERE COMUNICACIÓN, QUIERE OSCURIDAD. URDISEV NO EXISTE. ¡DESPIERTA!” Un chico y una chica de aspecto saludable repartían ese panfleto en las escaleras del metro. La gente, distraída, lo cogía o pasaba a su lado como si la cosa no fuera con ellos. Estaba bien diseñado, buen gramaje, papel satinado. Ella lo cogió y se lo llevó a la tienda, una pequeña imprenta de barrio. Hacía meses que casi nadie entraba a comprar nada. No sabía ni por qué la abría. Al leer el panfleto sintió una punzada de angustia. Cuando llegó a casa lo comentó con su pareja. Quizás fuera cosa de un día, de un momento. Era una locura, aquello. Había miles de muertos. ¿Cómo podían decir semejante cosa? En el panfleto había datos sacados de no-se-sabía-dónde y una reflexión sobre cómo los dueños del mundo querían tener Internet para ellos solos y dejar a las masas sin acceso con el miedo a una falsa enfermedad. Al día siguiente seguían en el metro, sonrientes, alegres, felices y sanos, repartiendo sus panfletos.

La mujer que vivía arriba había desaparecido al empezar la pandemia. Una noche apareció una ambulancia y se la llevó. La escucharon chillar por las escaleras por los nervios producidos por los picores. Días después vieron a una chica joven, suponían que su hija, recogiendo las cosas de la casa, rota por el dolor. Pero aquellas dos personas se permitían el lujo de decirle a la gente del barrio que no, que no pasaba nada, que era todo mentira.

Sentía una rabia enorme cada vez que los veía. No se los quitaba de la cabeza por mucho que pasaran los días.

Un día en vez de dos eran tres y convocaban a una “GRAN MANIFESTACIÓN POR LA VERDAD”. Ahí perdió los nervios y se puso a chillarles. Gritaron “¡Paz!”, “¡No violencia!”, e hicieron como si hubiera perdido el juicio. La gente se arremolinó y ella sintió que quedaba como una desequilibrada violenta frente a los sensatos manipuladores. Llegó a casa temblando. Tenía que hacer algo, otra cosa.

Pensó en ponerse ella también a repartir panfletos en el metro. Al fin y la cabo, tenía la imprenta que llevaba meses muerta de risa. Si la cosa no se resolvía pronto tendrían que cerrar. Era el negocio de sus padres reconvertido. Había sido una papelería de barrio que con la llegada de Internet fue mutando. Estuvieron a punto de perderlo antes. Se rió pensando que para aquellas personas ella sería una representante de ese antiguo régimen de papel, sin redes sociales, sin

pantallas, sin móviles, oscuro y lleno de mentira. Con lo que le gustaba verse una serie y hablar con su hermana por videoconferencia.

Pero, ¿qué iba a hacer ella? ¿Decir la verdad? Si la verdad ya estaba allí con mucha más contundencia. En el telediario, en los periódicos, en los miles de muertos, en la vivencia rota de tanta y tanta gente. Esa gente de ahí, con sus mensajes apocalípticos le daban miedo y rabia de una forma tan profunda por otro motivo. Tenía que saber cual era.

Tardó dos semanas en descubrirlo y fue, paradójicamente, gracias a ellos. Una mañana los vio, como siempre, en la puerta del metro, repartiendo su propaganda como si no hubiera otra cosa para ellos en la vida y notó que no sentía nada especial hacia ese gesto repetido. ¿Había sido la repetición? ¿Había normalizado su presencia como unos chalados más en la fauna general de chalados? ¿O era por otra cosa? No descartó esas hipótesis suyas, pero añadió alguna otra. Llegó a la conclusión de que le importaban menos porque estaba dedicando esfuerzos a pensar en otra cosa, a hacer otra cosa. Sí, estaba pensando en cómo combatir su propaganda, pero de alguna manera la propaganda en sí(y ellos mismos) había perdido fuerza e importancia.

¿Y si se trataba precisamente de eso? ¿Y si se trataba de hacer otra cosa? Lo habló con su pareja y convinieron que era muy posible que se tratara de algo así. Por lo que tomaron la decisión de tomar cartas en el asunto.

Días después el barrio se despertó con cientos de carteles impresos en un A3 precioso, que se habían repartido, pegados en muros y buzoneados aquí y allá durante la noche por ellos y algún amigo más. Siempre con las mascarillas y protecciones y cuidando las distancias. Los carteles decían: ¿Necesitas ayuda? ¿Te sientes solo o sola? ¿Necesitas algo? Llama y te echaremos una mano. Entre vecinos tenemos que ayudarnos. Y el teléfono de la imprenta con la indicación de no usar líneas digitales. El teléfono de la imprenta era un viejo teléfono de discos analógico. Tenían otro, pero con el Urdisev lo habían apagado.

La primera tarde llamaron cuatro personas, pero hacía el fin de semana ya estaban trabajando con otras veinte o treinta más. Esas personas ponían a disposición sus teléfonos siempre que los tuvieran de línea fija analógica (lo cual era habitual en las personas mayores) y su tiempo (siempre con la obligación de cumplir las recomendaciones de salud) haciendo trabajo voluntario.

Las necesidades se dejaban en unos archivadores que habían colgado de árboles en distintos puntos del barrio. Una semana después descubrieron que en barrios cercanos había iniciativas similares cuando se les cruzaron archivadores y vieron que se organizaban de forma parecida, pero no exactamente igual.

Un mes después, los “puntos de encuentro vecinal para el cuidado y la compañía” habían crecido hasta un total de 60 y pico en toda la ciudad y celebraron su primera reunión. Sus funciones habituales eran acompañar y dar conversación a la gente mayor. Ayudar a gente que tuviera personas con Urdisev a su cargo, demandar kits anestésicos porque había poquísimos, salir a

comprar para la gente que no pudiera salir y también pensar, con los chicos y las chicas más jóvenes del barrio, como podrían hacer para entretenerse. Hubo una iniciativa encabezada por su marido, para recuperar viejas consolas sin conexión a Internet. Juntaron más de 50 equipos que se podían prestar durante unos días. Lo mismo pasaba con películas en soporte físico. Incluso un local que había sido videoclub recuperó su archivo y lo repartió por el barrio.

Descubrieron que una parte de la gente del barrio no podía acudir a los tratamientos porque no tenían permiso de ciudadanía o tenían miedo de ser deportados. Buscaron formas de que les llegara tratamiento, también.

Era una actividad tan agotadora como estresante, donde muchas veces la gente creía que aquello no era algo voluntario, sino poco menos que un servicio gratuito y había que pararle los pies. También frustrante por la falta de interés de las administraciones y por la falta de tiempo y de recursos. Pero cuando veía que le podían los nervios o la angustia se acordaba de los tipos que repartían los panfletos de la vacuna. Seguían ahí, igual de sanos, igual de educados, pero menos alegres.

En cualquier caso, tampoco pensaba mucho en ellos.

Ya no.

XXXXXXXXX

Lo urgente es más peligroso, más precario e inseguro. Pero también es inevitable. Siempre hay urgencias, necesidades que no se pueden dejar para mañana y que no van a esperar a tener un teléfono analógico o a que llegue por correos. A veces hay que mandar un mail. Hay que hacer una videoconferencia. Hay que arriesgarse. No había datos de la cantidad de tiempo medio por el que una persona interactuando con dispositivos digitales está en peligro de contagio. No es algo fácil de medir, porque no se sabe si el Urdisev se transmite desde el interior de los dispositivos digitales o lo portan las personas vía contacto físico (o del sudor, la saliva, etc.) y se activa con la interacción digital. Esa información terminará por conocerse, es una de las pruebas que todas las grandes compañías tecnológicas están realizando, pero aún no había datos.

Toda cadena tiene un final. La cadena del riesgo también. Al final de la cadena del riesgo están ellos. Ya viven en riesgo. Su vida es riesgo. Podrían pararles por la calle, pedirle los papeles y terminar en un Centro de Internamiento o deportados. Así de sencillo. Esa vida en riesgo les hace vulnerables y, por tanto, más susceptibles de asumir lo urgente. Así que están sobreviviendo de temporeros de la atención.

Les llamas por teléfono y vienen a tu casa con un portátil. Son ellos los que mandan el mail, son ellos los que terminan de pasar el balance de cuentas que tú has escrito. Son ellos quienes llaman a tu madre y le dicen que estás bien. Y tú externalizas ese riesgo, lo pagas. Tu vida es un poco más segura en las urgencias y ellos, te dices, ganan un poquito de dinero. Te dices, de

hecho, que estás ayudando y que, de hecho, te da igual si son más blancos o más negros, pero resulta que son negros, todos ellos. “Extracomunitarios” quiere decir aquellos que le sobran a la comunidad. ¿Tú usas el servicio de temporeros digitales? Es ilegal. Los medios de comunicación y las autoridades dicen que es ilegal, al menos. Pero ellos vienen discretamente y se van discretamente y te resuelven. Y tú pagas en efectivo (porque, por cierto, muchos no pueden abrirse si quiera una cuenta en el banco). Hay quién llama a aquello trabajo y dice que “nos lo están quitando”. No se expondría a ese riesgo ni aunque pagaran treinta veces más, pero no importa. Lo importante es que suene esa música. Y hay quién dice, entre ellos, que si el virus dura, deberían asociarse, deberían defenderse, deberían cobrar un salario justo por un trabajo de riesgo. Meses después una suma de noticias de verano dicen que los nuevos brotes de Urdisev se deben a los temporeros de la atención. Nos quitan el trabajo y nos traen enfermedades.

Surge entonces una plataforma digital de personas que pueden hacerlo porque tienen anticuerpos. “Recogen tu información y te la llevan dónde necesites”. Consiguieron pasar la enfermedad, chavales jóvenes. Por un dinero te lo hacen. Economía colaborativa. Hacen turnos de 10 hora por un salario de mierda, pero los reportajes dicen que son un “milagro económico en tiempos de Urdisev”. Quién está al final de la cadena siguen ahí. Como no tienen cuenta en el banco ni papeles, no pueden tener usuario, pero no importante. Hay quien compra un usuario de la plataforma y lo revende. Intermediarios siempre ha habido y siempre habrá. Si hay una necesidad, habrá una solución mercantil que la satisfaga. Y si tienes una necesidad urgente, no te preocupes, ellos te lo apañan.

XXXXXXXX

Se tumbó en la cama y estuvo una cantidad de tiempo de difícil medida mirando al techo. Le gustaba su cama. Era el lugar de la casa dónde más le gustaba estar. No necesariamente durmiendo. Podías leer, ver cosas, pensar, masturbarte, volver a pensar, dormir un rato... Le habían pedido un texto sobre como la pandemia iba a cambiar el mundo. Siguió mirando al techo. Había empezado un “Diario de pandemia” que publicaba *on-line*, pero lo había dejado porque dejó de estar seguro de nada de lo que ponía allí. No quería escribir nada sobre la pandemia. ¿Podría no escribir sobre la pandemia? Pensaba que si la experiencia era lo suficientemente intensa se filtraría por las grietas y aparecería cuando estuviera escribiendo cualquier otra cosa. El mercado editorial tenía la idea de que había una necesidad de entender y que la cubriría con textos sobre la pandemia. ¿Qué importaba que fuera imposible decir nada que no fuera insensato? Quizás en unos meses cualquier intuición había quedado obsoleta. Le parecía imposible pensar sobre la pandemia más allá de lo que estaba viviendo en la pandemia. Encerrado en su casa, sin poder conectarse a Internet y sin móvil. Hizo una lista mental de las cosas que habían pasado en ese tiempo de encierro. Lo único que sentía real era una nueva relación con el tiempo. El tiempo se había dilatado y había descubierto nuevos placeres temporales. Por ejemplo, cocinar. Cocinar implicaba un tiempo más lento y una paciencia basada en ralentizar, en aguantar, en rebajar la velocidad. No podía condicionarse, además. Había una condición estructural de la cocina que hacía que lo que llevaba diez minutos no pudiera llevar menos o se arruinaría. Y no hay tantas actividades cuyos tiempos sean lentos y a la vez estén medidos. Al menos no de

forma tan evidente. Pero, ¿servía eso para algo? Pensaba, además, en su condición de privilegio que condicionaba sin duda su pensamiento. Vivía en una casa decente, en la que podía trabajar y descansar. Sin hijos. Con una pareja que también podía trabajar en casa. Esa era otra cosa. Habían descubierto una forma de habitar su amor más atenta y sostenida. Menos intermitente. Hablaban muchísimo más que antes. A la vez, sentía la angustia del tiempo veloz que volvería irremediabilmente. ¿Tenía sentido escribir algo sobre una experiencia individual como si fuera universal? No lo tenía. Nunca lo había tenido. No existe lo común en lo individual. Sí existe en lo singular. Se decía eso. Tampoco estaba seguro. Le gustaba la diferencia entre individual y singular. No quería escribir nada sobre el virus. Quería mandarles una imagen que le venía a la cabeza cuando miraba al exterior desde su ventana. Era una imagen ficticia, una ensoñación. En la imagen veía a un hombre y una mujer que corrían el uno en la dirección de la otra en el parquecito que había ante su casa. Se juntaban y se desnudaban y besaban. Empezaban a tener relaciones sexuales de forma alegre y desahogada. La gente los veía desde los balcones. Luego llegaban unas personas con batas y los separaban. Las batas eran como de película de terror de los años setenta. Suponía que la imagen se le repetía como expresión de un deseo de tocar a otros, de estar en la calle, de abrazar, de besar. Su mujer y él se besaban, tocaban, tenían relaciones sexuales, pero era la condición pública de todo aquello, el deseo de estar con otros, lo que volvía una y otra vez. Y también, suponía, esa especie de acto de rebeldía que llevaba a que algún tipo de poder interviniera, disciplinara, ordenara. Ahí había otra de las cosas que se le volvían interesantes y que, quizás, tuvieran sentido contar. La idea de que sólo en la relación entre un poder cuidadoso y una sociedad civil entremezclada con ese poder cuidadoso, podría haber salida. Las dos alternativas a esa idea le señalaban un problema. Le parecía una idea floja y poco contundente, poco transformadora. Y a la vez... tan real. ¿Podía sobrevivir el mundo sin unos poderes capaces de construir consensos y sentidos de supervivencia que partieran del cuidado? ¿Podría sobrevivir el mundo sin una sociedad tejida, fuerte, que enredara, orientara, escuchara y diera sentido a ese poder? La alternativa le parecía, o bien un poder despótico, o bien una libertad falsa de una sociedad que se cree autónoma del poder. Todo le sonaba a poca cosa y desde luego no a algo conocido. Había pensado también al principio que habría un regreso a las tecnologías y formas no digitales, pero cuando luego leyó los textos de compañeros suyos que tenían esa perspectiva también, le habían sabido a poco. No habría una vuelta atrás porque nunca la hay. No hay regreso, incluso cuando aparecen formas sociales y políticas que llaman a la autenticidad del pasado, sólo son la interpretación desde el presente de ese pasado. No se vuelve atrás. Se avanza siempre. Esas respuestas esenciales siempre eran expresiones fascinadas de un momento muy concreto. No tenían secuencia. Salvo que a partir de ese momento fueran a vivir encerrados, cosa que no parecía probable, lo importante no era ese momento, sino la forma en la que ese momento se quedaría presente en los siguientes. La pregnancia de la situación. Y aún entonces los acontecimientos estarían sucediendo. No habría tiempo de separarlos de su propio momento. Se sentía que daba vueltas intelectuales sin conectarlas con nada. Todo tenía que ser un poco más sencillo de explicar.

No escribiría nada. Llamaría y diría que lo sentía, pero que no tenía ninguna idea. Seguro que habría otros veinte dispuestos a escribir sobre este asunto. ¿Veinte? Miles. Sintió, entonces, algo que no había sentido hasta ese momento en todo el tiempo que llevaba encerrado en casa.

Sintió un picor.

No. Pero no. No era un picor picor. No era el virus. Cada día tenía esa sensación dos o tres veces. La idea de que ya estaba allí, que se contagiaría, que contagiaría a su pareja, a sus padres, que provocaría la muerte de alguien. Pero no. Sabía que era sumamente improbable que pasara si cumplía las obligaciones sanitarias y estaba en condiciones de poder hacerlo. Se levantó y se puso a escribir otra cosa. No el texto con el asunto que le pedían, sino un cuento infantil sobre un dragón y una niña con poderes.

Sabía que escribía para salir de allí.

XXXXXXXXX

Habían pasado seis meses. 30 millones de personas estaban infectadas a nivel planetario, casi un millón había muerto. Seis meses de dormir muy poco, discutir mucho, golpearse con callejones sin salida y tener la sensación de no avanzar entre límites presupuestarios, incompetencia política, medios de comunicación incompetentes y sus propios límites como investigadores (egos, sesgos o simple cansancio). Seis meses tras los que tenía la sensación de que sabía muy poco. Las medidas sociales habían demostrado ser eficaces, pero desdigitalizar el mundo era una tarea que se escapaba a sus posibilidades. Desde que se empezó a hablar de vacunas (demasiado pronto y con demasiado optimismo en su opinión) los estados habían dejado de compartir parte de la información y las empresas hacían otro tanto. Encontraban cosas que ya se sabían desde hacía dos semanas y dos semanas podía suponer miles de muertos. Los rostros se convertían en cifras y las cifras en pequeños fragmentos de mapas. Sabían que el riesgo de contagio era bajo a nivel táctil y alto a nivel ocular. Sabían que los jóvenes se infectaban más, pero tenían menos riesgo de morir que sus mayores. Sabían que las secuelas emocionales y psíquicas eran intensas y que sería una nueva prueba de estrés para los sistemas de salud del planeta. No era el único problema. El riesgo de una segunda oleada que extendiera aun más la pandemia era real.

Había decidido volver a casa a descansar y pensar.

Todo estaba como lo dejó, como si la vida se hubiera quedado suspendida y ausente. También las ausencias seguían allí, fantasmagóricas. Cenó, leyó un poco y se tumbó en la cama dónde él ya no se tumbaba. La cama que compartían. Recordó los meses cuidándole, la enfermedad destrozando sus huesos, el cáncer llenando de dolor su rostro dulce, sus ojos claros rotos por el dolor. Las semanas previas a la decisión, los amigos disfrutando de una fiesta que nadie más que ellos dos sabían que era de despedida. El último sexo, dulce y muy lento, lleno de besos y caricias y opiáceos para evitar que el dolor les arrancara el placer conjunto. Luego, el llanto, las promesas, los agradecimientos. Las cartas para la familia, los amigos más íntimos sabiendo de la decisión, interiorizando y comprendiendo. Todo preparado como a él le gustaba, ordenado, pulcro y tranquilo. La inyección y, con ella, la muerte. Y luego el vacío.

Allí tumbado, en la cama de ambos, pensó en esa muerte ritualizada, pactada y decidida como una muerte dulce y amorosa. Aquellas muertes del Urdisev necesitaba sus ritos, sus encuentros, sus historias. Tenían que contarse, de alguna manera. No podía ser que acumularan sin más cifras médicas o sirvieran a la más miserable de las peleas entre partidos. Tenían que darle valor conjunto a esas muertes o serían simples desapariciones, huecos, agujeros. No cicatrices, agujeros. Habría que encontrar la forma de contar esos millón de historias. Ese hueco enorme en la superficie del mundo. Darle un sentido, también. Esas muertes hablan de algo de nosotros. No son accidentes azarosos simplemente, son nosotros y son con nosotros. Se producen en el mundo en el que vivimos y dejan rastro. Cada una de ellas merece su recuerdo. Son vidas preciosas. Cada vida es la vida. Su memoria, su historia genética, su rastro para el futuro, la advertencia al resto sobre nuestra propia condición frágil y precaria.

Pensó en su marido, en lo mucho que le quería y le echaba de menos. Y luego se durmió.

Texto: Guillermo Zapata Romero, Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual
Imagen de portada: Alfred Stieglitz, *O’Keeffe Hands*, 1918, vía Public Domain Review, Dominio público.
Tipo de letra: *Fanwood Text* y *Chunk*, The League of Moveable Type, Licencia Open Font
Diseño y maquetación: Ana Méndez de Andrés